

POSIBLES VÍAS HACIA UNA MAYOR SEGURIDAD EN LA CUENCA MEDITERRÁNEA

Por JOSÉ A. IBAÑEZ GARCÍA
y RAMÓN BLANCO RODRÍGUEZ

Introducción

La seguridad para enfrentarse a las posibles fricciones que puedan producirse entre las naciones bañadas por el «mar interior» más importante del mundo no pueden circunscribirse al estudio de las tensiones entre sus cuencas; ni siquiera reducirse a un problema europeo-norteafricano.

La importancia estratégica de este área hace que varias naciones asiáticas, la nueva Federación Rusa y los EE.UU. diriman enormes intereses contrapuestos dentro de la zona de influencia de su entorno. Pues, aunque el hundimiento de la URSS parezca poner fin a una situación antagónica en que la VI Flota norteamericana y la Fuerza Naval de la OTAN por un lado y la Escuadra soviética mediterránea por otro, tenían que dar sistemático testimonio de poderío y presencia, no hay duda de que las acciones demostrativas navales continuarán por largo tiempo complicando las ya de por sí dificultosas relaciones de los países de las riberas norte y sur.

EE.UU. tras las invasiones de Granada, Panamá y guerra del Golfo, está dando constantes pruebas de que el pomposamente llamado «nuevo orden mundial» es la única superpotencia militar y que cualquier conflicto en

cualquier área no puede solucionarse sin pasar antes por el tamiz de sus propios intereses.

Hasta la década de los años noventa el antagonismo que separa a un Norte materialmente rico y demográfica y espiritualmente pobre de un Sur en que estos indicadores se invierten, no había salido tan brutalmente a la luz, como lo hace actualmente, porque la rigidez de la tensión Este-Oeste acogía las que se producían en su perpendicular; pero la distensión seguida al vuelco producido en los regímenes del Este, ha puesto de manifiesto que en la línea de fractura Norte-Sur «Mediterráneo-depresión Persa-Afganistán-Pakistán», se vive en constante crisis, bien por disputas territoriales: Israel-Siria-Jordania, Turquía-Siria, Irán-Irak-Monarquías árabes, etc., bien por tensiones políticas, bien por antagonismos religiosos, y siempre sobre el transfondo de conunes desajustes económicos.

Y, que esta crisis, antes considerada parte de la gran confrontación bipolar, ahora tiene un carácter más regionalizado, siendo para Europa el Mediterráneo el más importante de los segmentos de esta línea, mientras en las restantes particiones son EE.UU. y las Repúblicas Soviéticas sus auténticos vigilantes.

Situación global de la cuenca norte mediterránea

La caída del comunismo ha afectado profundamente al modelo de construcción europea. No podemos olvidar que en principio fue la idea de unir y fortalecer a Europa occidental ante la amenaza soviética la que motivó la puesta en marcha y creación de la CEE.

Pero acontecimientos del reciente pasado han hecho saltar en añicos esta filosofía: la reunificación alemana, la liberalización de los países de Europa del Este, la independencia de las repúblicas bálticas, el cambio de modelo económico sueco, etc., han hecho que Alemania —el Estado más fuerte de la Comunidad— casi conseguida la simbiosis entre sus dos zonas, dio un giro de 180 grados a su política económica dirigiendo sus esfuerzos a revitalizar los países de su frontera Este y cuenca del Danubio en detrimento de los del Oeste y Sur.

Es lógico que Alemania, convertida hoy en la nación más rica de Europa, trate de convertirse en el paladín y garante de la estabilidad política de Europa central, a la vez que la transformación estructural de los antiguos países satélites en tránsito de una economía dirigida a otra de mercado, le sirva para atar y asegurar los lazos que consoliden un futuro de plena seguridad ante un posible resurgir soviético; amén de conseguir una mano

de obra barata y rodearse de países dependientes que garanticen su competitividad comercial ante EE.UU. y Japón.

Resulta claro, por tanto, que el rotundo giro económico producido en Europa, perjudique el encuentro de una política común ante los problemas y restos que plantea la margen sur mediterránea.

Parecía que desaparecidas las grandes tensiones Este-Oeste, la realidad geopolítica de una Europa fuerte pasaba por unas relaciones distendidas con el Sur, pero desgraciadamente aquella desaparición ha venido emparejada con el resurgir de viejos nacionalismos que en algunas zonas, como los Balcanes, son enloquecedores, y, que en otras aunque con menor virulencia, no dejan de crear agudos problemas internos a algunos gobiernos que ven disminuida su capacidad de maniobra exterior.

La configuración geográfica de la Europa meridional con una sucesión de península complican cualquier unidad de acción, y si a ello añadimos la constante hostilidad entre Grecia y Turquía, la complicada situación yugoslava y albanesa, la diferente participación en un elemento común de defensa como es la OTAN, en que naciones como Francia o España son elementos anómalos al no pertenecer a su estructura militar, nos vamos dando cuenta de lo difícil que resulta entramar unas formas comunes para el área y conseguir una doctrina homogénea de aportaciones colectivas que ayuden al logro de una mayor estabilidad de la zona, y por tanto, a un consiguiente aumento de la seguridad.

Aunque una Europa geopolíticamente fuerte ha de mantener unas relaciones distendidas con el Oeste, y aunque la OTAN no contemple en sus estatutos la defensa común ante una amenaza Sur-Norte, no puede aquélla permitirse el lujo, como algunos pretenden a la conclusión del Pacto de Varsovia, de disolver la Organización Atlántica en la que muchos ven ahora sólo una forma de potenciar la presencia americana en nuestro Continente.

La presencia de la única superpotencia militar actual en la zona, mitiga muchas ambiciones y frena muchas apetencias.

Situación global en la cuenca sur

La revolución iraní había puesto de manifiesto las convulsiones sociopolíticas que desde la descolonización atenazan al mundo árabe.

La crisis y guerra del golfo Pérsico la agravó hasta el extremo de evidenciar la gran distancia que existe en la mayor parte de los países entre su población y sus Gobiernos.

Para paliar estas tensiones y hacer frente al reto de una cuenca norte en avanzada práctica de integración regional los Gobiernos de Argelia, Marruecos, Túnez, Libia y Mauritania, basándose en un área geográfica bien definida y en lazos históricos y de lengua, buscando un acercamiento capaz de producir una unidad económica integradora de sus relativamente complementarias producciones.

Pero aunque la Economía y la Sociología incitan a esta unión, las diversas concepciones políticas de los líderes y la contrarrevolución religiosa que algunos de ellos se ven forzados a ejecutar, dificultan la consecución de la tan deseada integración.

La recuperación de las relaciones diplomáticas entre Marruecos y Argelia en el año 1988, fue la luz verde al ambicioso proyecto de unión magrebí, cuya primera culminación fue la UMA creada en Marrakech el 17 de febrero del año 1989, integrando en un proyecto político a Argelia, Marruecos, Túnez, Libia y Mauritania.

Sin embargo, sucesos como la declaración del estado de sitio en Argelia, consecuencia de los disturbios promovidos por el FIS o el complot también de origen islamita descubierto en Túnez con más de 300 jefes y oficiales del Ejército implicados en él, o las revueltas populares en Mauritania, hacen que la consolidación de este enlace encuentre grandes dificultades.

En marcha ya los órganos y mecanismos políticos y económicos, elegida la capitalidad de cada uno de ellos entre los diferentes países que la integran, la UMA avanza con exasperante lentitud, porque en realidad es más el fruto de la decidida voluntad de supervivencia de los jefes de Estado que la integran, que una unión libre y constructiva.

Sin embargo, el reto económico europeo obliga a dar una solución conjunta a los problemas de la región mediante la creación de una entidad supranacional que intente tutearse con la CEE y consiga el apoyo de la Comunidad y en especial de los Gobiernos de Madrid, París y Roma.

Varios enemigos tiene en su contra la UMA: la fuerza del integrismo, las carencias estructurales, el subdesarrollo de sus países integrantes, la deuda externa, la demografía dislocada, la desigualdad de clases y sobre todo una juventud inculta, desorganizada y sin perspectivas de futuro.

En esta Comunidad de deseos, la economía marroquí es muy vulnerable por su falta de recursos petrolíferos y un sector primario muy desarrollado de una nación sin apenas materias primas diversificadas. Por ello busca desespe-

radamente la anexión del Sáhara, donde aparte de los fosfatos que ya explotan, parecen encontrarse algunas reservas petrolíferas.

Argelia, con una agricultura en franca regresión, basa la mayor parte de su desarrollo económico en la extracción y refino de hidrocarburos que le aportan más del 17 % de su PIB. El punto fuerte de su futuro está en su capacidad potencial de exportación de gas natural, ocupando el tercer lugar en los suministros de gas a la CEE, tras Noruega y Rusia.

Túnez ve como disminuye su turismo y sus reservas petrolíferas que le harán pronto país importador, aunque parece haber encontrado algunos ricos yacimientos de gas natural.

Libia con mayor renta *per cápita* que las restantes naciones de la UMA, obtiene buenos ingresos por exportación de petróleo, y sus reservas de gas sobrepasan los 1,22 trillones de metros cúbicos.

Situación relativa entre ambas cuencas

Aunque los lazos económicos Europa-Magreb son fuertes, la primera no se vería muy perjudicada por la pérdida de mercados en la segunda.

Sin embargo, el caso inverso representaría un descalabro a su pretendida modernidad económica. Algunas cifras lo ilustran: entre los años 1977 y 1988 las ventas de productos marroquíes manufacturados a la CEE se han multiplicado por 6,5 y las de los tunecinos por 5.

Al final del período, los productos textiles representaron para estos dos países, respectivamente, el 55 % y el 60 % de sus exportaciones de bienes manufacturados hacia la Comunidad Europea —lo que desarrolla nuevas fragilidades evidentes sin la intervención de una diversificación industrial—.

Por lo que respecta a los productores agrícolas la tendencia a la autosuficiencia comunitaria para los productos mediterráneos deja poco margen en este terreno.

Los recursos financieros comunitarios aportados al Magreb, han representado alrededor del 4 % de las aportaciones públicas netas de todos los donantes, mientras que las aportaciones bilaterales de los Estados miembros representan casi el 40 %.

La CEE prevé para el conjunto del Mediterráneo un aumento aproximado de tres veces los medios actuales de financiación durante un plazo de cinco años, siendo una parte importante presentada bajo forma de préstamos.

Indudablemente muy poco para una región ya muy endeudada. Se impone pues, un esfuerzo financiero, pero sobre todo presupuestario generoso. Va en ello la seguridad de Europa que debe de tratar de entramar su prosperidad y la del Magreb en una misma perspectiva de futuro.

Pero la financiación no es todo, hay que incrementar la cooperación; se hace necesario acercar los niveles de vida de las dos orillas del Mediterráneo, adaptando la relación euromagrebí a las cooperaciones de alto nivel que los Doce ya desarrollan entre sí y que a la vez desean transmitir a sus relaciones con la Europa del Este.

Se deben financiar carreteras, construir universidades, apoyar la investigación. El campo de la cultura y de la comunicación no deben de quedar marginados. En resumen deben de organizarse y consolidarse los nexos que manifiestan la voluntad de construir un futuro común.

Igualmente parece necesario programar a la UMA un acuerdo colectivo que obligue a los Cinco a eliminar impedimentos internos y a clarificar sus respectivos compromisos.

Esto permitiría quizá un diálogo político más equilibrado, donde lejos de convertirse en un elemento adicional de división del mundo árabe, la relación euromagrebí sería el pretexto para el establecimiento de ese verdadero y fecundo entendimiento que las rupturas políticas consecuencia de la guerra del Golfo han provocado en el conjunto árabe. Pero este diálogo debe tener igualmente en cuenta las divisiones de los Estados árabes y las realidades subregionales; las petromonarquías del Golfo no van a olvidar fácilmente la actitud bastante generalizada de los Gobiernos magrebíes y las reacciones proiraquíes de sus opiniones públicas.

Los aportes financieros, directos o indirectos, provenientes de Oriente Próximo se van a ver reducidos, aunque el temor a un exagerado avance integrista haga meditar a las grandes naciones productoras sobre la conveniencia de apoyar a países que boicotearon su lucha contra Saddam Hussein.

Pero en todo caso, ¿sabrá estar Europa a la altura de las necesidades de financiación del Magreb, con una capacidad de ahorro interior totalmente insuficiente?

El integrismo islámico factor desestabilizador

El triunfo de la revolución jomeinista en Irán se extiende sin parar no sólo en los países árabes, sino también en los musulmanes, una explosiva mezcla

de religión, fanatismo, política y economía que ha sido bautizado con el genérico nombre de «integrismo islámico».

Ese conglomerado de religión y frustraciones es un fermento que ha recibido una acogida fervorosa entre las masas proletarias que ven como su nivel de vida va disminuyendo y alejándose cada vez más del conseguido por los países de Occidente.

Aunque los intereses nacionales de los distintos países les llevan incluso a enfrentamientos bélicos, y las diferencias radicales les hace en muchas cuestiones enemigos irreconciliables, hay sin embargo varios postulados comunes que todos respetan:

- Occidente es el causante de su atraso y pobreza.
- El cristianismo es un aliado del sionismo.
- Capitalismo y marxismo no son soluciones para llevar el bienestar a las masas musulmanas.
- La herencia colonialista debe cobrarse mediante la «Guerra Santa».

Con la exportación de las consignas revolucionarias, Irán ha ido llevando a otras naciones los ideales de una sola comunidad religiosa musulmana, regida por una fiel interpretación del Corán y una vuelta a formas de vida casi medievales.

El avance de estas reaccionarias ideas tuvo una extraordinaria acogida en Túnez y especialmente en Argelia, donde el gobernante FLN, ha debido hacer frente a varias revueltas y a proclamar en ocasiones el estado de sitio.

En ambas naciones se ha puesto de manifiesto que el integrismo islámico representa una fuerza política capaz de arrasar en unas elecciones libres a cualquiera de los Gobiernos actualmente en el poder.

Si bien parece que las capas sociales de elevado nivel económico y muchos movimientos feministas rechazan de plano el fundamentalismo, no debe olvidarse que gran parte de los intelectuales árabes, incluso los educados en universidades y centros europeos, no ven otra forma de salir del subdesarrollo que la posibilidad de una «gran nación árabe».

No debe olvidarse tampoco que las actuales nacionalidades son exclusivas consecuencias de la desmembración del Imperio Turco y de la etapa colonial, y, que las fronteras no se corresponden con las antiguas demarcaciones históricas.

No cabe duda de que esta marea desatada es un elemento desestabilizador de la paz mediterránea, y, que en tanto en cuanto no se consiga aplacar su virulencia, la seguridad de este mar se verá seriamente comprometida.

Por ello, si los actuales gobiernos con la ayuda de Occidente no consiguen frenar esta amenaza, la antigua oposición Este-Oeste habrá de coaligarse para conseguirlo, y la OTAN perderá su carácter de dispositivo defensivo europeo en favor de una alianza que controle el flanco sur europeo.

Mejora de las relaciones entre cuencas

Aunque un estudio de la seguridad global en el Mediterráneo debe de comenzar por el examen de la cuenca oriental, nosotros la hemos excluido porque la índole de este trabajo va dirigido a las riberas norte y sur.

Sin embargo, se hace necesario una obligada referencia a Israel, ya que son sus contenciosos con los palestinos y sirios y sobre todo el tremendo antisionismo del islam, la causa principal de que en Oriente Medio predomine la fuerza como única estrategia y razón primordial de la diplomacia.

Su política basada en el poderío militar es motivo y muchas veces pretexto para el continuo rearme de los países árabes de la zona.

Por mucho que se esfuerce la diplomacia americana en encontrar soluciones pacíficas para el área, la simple existencia del Estado judío será siempre un foco de tensión que perdurará incluso en el caso extremo de que se llegue a un equilibrio en el resto de la cuenca.

Se dan en el mar Mediterráneo infinidad de similitudes entre sus orillas, tanto en sus paisajes y habitantes como en sus culturas, por tanto los países de ambas cuencas deben de ir aceptando paulatinamente que no debe de ser un mar protegido por la superpotencia hegemónica del momento, ni siquiera por un entendimiento euroárabe.

Aparte de una política común de Europa, a donde hay que llegar es a una asociación entre países ribereños, se trata en suma de un espacio cuya seguridad debe de ser salvaguardada por las naciones que le rodean.

Nunca el Mediterráneo debe de ser un foco separador de cristianismo e islamismo, sino un camino de conocimiento, consideración e integración. Debe continuar con su historia de acercamiento, migraciones e intercambio de civilizaciones.

Porque como dice Edgar Pisani, el Mediterráneo está por inventar, primero como concepto, después como sistema y, finalmente como realidad socioeconómica, estratégica, cultural.

Este concepto no puede ser el de un Mediterráneo occidental porque dar un tajo entre Occidente y Oriente árabe tiene más inconvenientes que ventajas, y porque, además, es en el Oriente donde hoy se plantean los problemas más visibles si no los más delicados.

Hay una diferencia sustancial entre el diálogo euroárabe que acentúa la diferencia entre los dos conjuntos y la visión del Mediterráneo que saca a la luz la unidad de responsabilidades y tareas, la necesidad de trabajar juntos en la realización de una obra común. El diálogo se funda en la creencia, a la vez reconocida y asumida de que el Mediterráneo llama a la unidad.

Si como espacio geográfico, étnico y cultural el Mediterráneo llama a la unidad, ¿cuál debe ser el camino para lograrlo? Sólo hay uno, y nada más que uno: romper la contradicción entre una orilla norte que se desarrolla y enriquece a un ritmo rápido, frente a una orilla sur que ve aumentar su población mientras disminuye o se atasca su renta.

En esta contradicción la creadora de inestabilidad en el contorno del mar y la que radicaliza las tensiones sociales, políticas y culturales en las sociedades de la orilla sur y en sus relaciones y búsqueda de lazos con las del norte.

Hoy los países mediterráneos de la CEE tienen el 81 % del PIB de los países de la cuenca, mientras los del sur apenas superan el 10 %. Además esta asimetría tiende a aumentar.

No ocurre lo mismo con la población, que si hoy en día los Estados europeos contabilizan el 51 % frente a los 34 % de los Estados árabes y el 15 % de Turquía, dentro de dos décadas se habrán invertido los valores.

Pero más importante que el hecho demográfico es el económico-social, consecuente con un aumento de la demanda laboral, que en vez de ser respondida con un crecimiento a la capacidad industrial, mejoras de la infraestructura y mayor ejercicio de la preparación intelectual, cultural y profesional y de oficios; es en la mayor parte de los casos, causa de una disminución de los factores creadores de riqueza.

La respuesta natural a estos desequilibrios no es otra que la emigración. Con excepción de Libia todos los países de la cuenca sur son exportadores de manos de obra, mientras que la orilla opuesta es el gran receptor de estas emigraciones.

No basta para solucionar estos desajustes la ayuda económica y financiera, o la acogida de una parte de la nación de otra sobrante.

Es necesario marcarse metas comunes entre las orillas y crear un gran espacio geoestratégico-político en el que la cuenca marítima realice el papel de integrador en lugar de espacio separador, porque la creación de un marco institucional Europa-Magreb es muy difícil de lograr, ya que el contenido esencialmente económico de la construcción de la CEE limita la capacidad de sus Estados miembros para ensamblar unas relaciones externas comunes.

En el seminario «El reto del Mediterráneo» la respuesta europea celebrada en Barcelona en octubre de este año bajo los auspicios de Su Majestad el rey don Juan Carlos y el presidente de la República Federal Alemana, doctor Richard von Weizacker, se apostó claramente por la consolidación de la Conferencia de Seguridad y Cooperación en el Mediterráneo (CSCM), que desde hace dos años vienen proponiendo España e Italia y que a lo largo de estos últimos doce meses ha ido tomando cuerpo en otros países.

La CSCM presentaría la oportunidad de buscar soluciones a los intereses contrapuestos y establecer equilibrios entre los conceptos cooperación económica frente a seguridad y estabilidad.

Por otro lado, frente a los dos principales problemas que acucian a la cuenca mediterránea; emigración y control político de los conflictos, la conferencia sugiere varias soluciones: coordinación de la política migratoria de los Estados miembros de la CEE convirtiéndolas en una sola; aprobación de una política de inmigración regulada en función de la capacidad de absorción de los países comunitarios. Para la regulación de los conflictos se trata de potenciar la UMA, disminuir las tensiones, potenciar la economía y regularizar las relaciones dándolas un carácter estandarizado. Por ejemplo, el ministro italiano De Michelis, propuso que la CEE destine el 0,5 % de su PIB a ayudas para el desarrollo de los países de la orilla sur del Mediterráneo y de Europa del Este, a la que habría que sumar otro 0,5 % proveniente de los frutos de cada país comunitario y que debería de ser efectivo a partir del año 1993. Ello significaría una aportación rentable y amortizable en términos de seguridad y estabilidad para los países de la Europa desarrollada.

Por otro lado, no parece probable ni conveniente una política económica España-Magreb, que no tenga en cuenta los intereses de la CEE, y sobre todo los de los restantes países de la ribera norte.

La cabeza de puente que debe de representar España servirá para incrementar las relaciones bilaterales pero, sobre todo, como recientemente ha ocurrido, en el caso de Libia para acercar las relaciones entre ambas cuencas.

España, por sus tradicionales lazos étnicos, históricos y culturales, y sobre todo por su situación geográfica, debe asumir un protagonismo importante en la relación entre cuencas, sin olvidar en modo alguno sus relaciones bilaterales con los países del Sur y Oriente.

Mejora de la seguridad mediterránea

Actualmente el concepto seguridad abarca a todos los agentes que pueden producir inestabilidad, tales como los políticos, económicos, sociales, rearme militar, etc. En suma, el factor humano y sus manifestaciones de relación.

En la actualidad, también la consecución de la seguridad debe buscarse en la solución a los problemas de la inseguridad, reservando el componente militar como último recurso.

La búsqueda de seguridad en el Mediterráneo debe partir de estas premisas, pero también ha de tener en cuenta que al disminuir la percepción de amenaza bipolar entre bloques, ha crecido espectacularmente la posibilidad de conflictos regionales entre naciones de la cuenca con intereses divergentes.

Una Europa rodeada de países inestables debe de perder su carácter de reducto aislado para convertirse en polo de cooperación, siguiendo un esquema similar al ya utilizado para su propia unión económica.

Pero perder el carácter de reducto no quiere decir perder el temple de una Europa equilibrada, fuerte y unida. No significa olvidar la pluralidad de sus culturas diversas; tampoco el permitir que la dinámica centrípeta de un Centro poderoso trate de crear un Continente hecho a lo sajón; y en absoluto el pretender el empleo de la periferia meridional como solución que amortigüe la penetración norteafricana. El olvido de cualquiera de estos postulados hará cada vez más difícil la neutralización de los desajustes entre márgenes.

Es preciso ver el Mediterráneo como lugar de nacimiento y cruce de culturas y religiones, porque en él surgieron y se expandieron el judaísmo, el cristianismo y el islamismo. Saber que es atravesado por un comercio fundamental para Europa. No olvidar que en sus orillas están las fuentes energéticas más importantes del planeta, y que ha sido siempre un mar de grandes corrientes migratorias. Hacer sentir al Centro y Norte de nuestro Continente que el futuro de la región mediterránea es tan importante para ellos como el desarrollo de la Europa del Este.

Tres elementos se crean percibiendo ya como imprescindibles para conseguir la seguridad entre cuencas: cooperación, regionalización y coexistencia.

Cooperación. La región mediterránea continúa caracterizándose por una discrepancia amenazadora: el eterno dilema entre unidad de concepto y diversidad de acción. Dice nuestro ministro de Asuntos Exteriores, Fernández Ordóñez, que la crisis del Golfo mostró por parte de los países occidentales una carencia de mecanismos de seguridad globales capaces de prevenir la crisis en el espacio mediterráneo, y que se hace necesario la creación de una estructura apropiada para conseguirlo.

Se pregunta el ministro español: ¿Por qué no aplicar a la región el mismo modelo que ha dado tan buenos resultados en Europa? ¿Por qué no seguir, de hecho, los trámites que fueron la base de la CSCE, incorporando a ellos toda la experiencia, todas las adquisiciones realizadas por esta conferencia, adaptando este modelo a las exigencias particulares de la región mediterránea? ¿Por qué no convocar una Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en el Mediterráneo (CSCM)?

La CSCM debería apoyarse en una declaración de principios, una especie de Acta Mediterránea que regule los problemas comunes a las dos orillas.

Más allá de estos principios, sería conveniente que la CSCM formulase un conjunto de disposiciones entre las cuales debe destacarse con luz propia la cooperación.

Regionalización. Se hace preciso fomentar la integración regional con el fin de evitar conflictos entre Estados y desequilibrios económicos en zonas colindantes.

La potenciación de la UMA no debe de ser sólo un quehacer del Sur, sino también de Europa. Es necesario primar los programas comunes entre los países de la ribera sur, tanto los culturales, de desarrollo social, de protección del medio ambiente, como los de trasvase de poblaciones. Una UMA fuerte capaz de resolver muchos de los problemas de sus naciones componentes dará gran estabilidad a la ribera.

Coexistencia. Hay un rechazo de los actuales creadores accidentales por gran parte de las masas árabes, especialmente los más jóvenes.

Existe un renacimiento de la más dura forma de xenofobia en muchas comunidades europeas. Se hace preciso buscar formas de coexistencia entre la distinta concepción existencial islámica y occidental, especialmente entre los inmigrantes que han de convivir en ciudades europeas.

El secretario de Estado francés para la integración Kofi Yamgname, nacido en Togo y nacionalizado francés, ha dicho: «Los inmigrantes no sólo tienen derechos, sino también deberes». El islam debe aceptar la separación Iglesia-Estado y los usos y costumbres de Francia. No al veto en los colegios, el repudio de la mujer y a las dobles nacionalidades que permiten elegir lo provechoso de cada país. Fomentar la coexistencia desde el hogar, la escuela, la información y la cultura es una necesidad de ambas comunidades.

En una aportación a la estrategia operativa mediterránea, se hace necesario meditar sobre el componente militar de la seguridad, no por la pequeña probabilidad de una agresión a Europa proveniente del Sur, sino también por la probabilidad de algunos conflictos zonales que puedan involucrarse.

Aún con pequeña probabilidad de agresión, no puede olvidarse que mientras exista Israel, el islam continuará armándose, y que esa política de fuerza motiva las relaciones entre ellos no cesará, incluso después de que se cree un «Estado palestino».

Mientras Israel sea una potencia nuclear, nada ni nadie podrá evitar que muchos países árabes continúen sus programas más o menos secretos para conseguir ingenios atómicos y lanzadores apropiados.

Dentro del terreno de armamento convencional en la primera parte de este trabajo, se han analizado las ingentes cantidades de material terrestre que poseen los países árabes, dándose en el Mediterráneo oriental las mayores proporciones de armamento por habitante.

Los avances en la compra, investigación y fabricación de cohertería y misiles ha sido gigantesca; ya se vieron las características del *Scud* iraquí y ahora Libia está en período de producción del misil *Alfatah* con alcance superior a los 1.000 km y la posibilidad de llegar a gran parte de la península Italiana.

Dos componentes se ven como imprescindibles para dar seguridad militar al área: El control de armamentos y la disuasión.

Control de armamentos. La distensión Este-Oeste ha permitido avances tan grandes como el Tratado de París, los Tratados START, las propuestas de destrucción de medios nucleares estratégicos y tácticas presentadas por el presidente Bush, contestada por Rusia y China con gestos significativos.

El Tratado CFE, por ejemplo, impone límites de armamento y equipo militar que respaldan directamente operaciones ofensivas en los territorios comprendidos en Europa entre el Atlántico y los Urales.

Otra precisión vital del CFE es que el equipo que exceda del permitido debe de ser destruido y verificada su destrucción.

Europa, a través de este Tratado, ha conseguido una enorme estabilidad regional y, por tanto, un extraordinario aumento de la seguridad, pero acontecimientos como la guerra del Golfo confirman que el control de armamentos se encuentra en un momento de encrucijada, que se hace necesario salvar para hacerle extensivo a todas las zonas del mundo.

Para evitar la proliferación de armas de destrucción masiva y sus lanzadores, dieciséis países industrializados han firmado compromisos de control Régimen de Control de Tecnología de Misiles (MTCR).

Gracias a estos compromisos se ha conseguido desmontar operaciones comerciales dirigidas a países inestables y se van controlando las realizadas por naciones que aún no han firmado estos compromisos. Igualmente, existen compromisos para la destrucción de los arsenales químicos de varios países.

En lo que respecta al Mediterráneo, la guerra del Golfo, con la Resolución 687 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, que exige a Irak una exhaustiva eliminación de armamentos, obligando por medios de inspecciones y verificaciones a la retirada y destrucción de armas químicas y nucleares y al embargo de otras convencionales. Esta Resolución 687 de la ONU ha abierto una puerta para un futuro control de armamentos en las cuencas oriental y mediterránea.

Este control en las naciones ribereñas puede realizarse bien por imposición del propio Consejo de Seguridad, bien por tratados voluntarios entre Estados: en forma similar al CFE.

Se hace, por tanto, necesario que tanto Estados Unidos como Rusia y la CEE conciencien o, en el peor de los casos, obliguen a los países de islam a la búsqueda de reducción de arsenales y toma de posiciones en organismos de verificación y control.

La disuasión. Si bien las medidas de seguridad no militares sirven para la prevención de los conflictos, cuando éste surge ya generando inseguridad y puede llegar a desembocar en violencia. Para eliminar esta violencia, a veces no queda otra solución que la intervención militar o la simple amenaza de hacerlo.

En cualquier caso, deben de existir unos elementos capaces de disuadir o intervenir. El último resorte de la diplomacia está en la fuerza.

¿Pero cómo ha de ser esta fuerza para conseguir la seguridad mediterránea? Algunas naciones, entre ellas España, quieren que la UEO —única Organización europea con competencias en materia militar y de la que forman parte todos los socios comunitarios a excepción de Dinamarca, Irlanda y Grecia— asuma los compromisos fuera del área de la OTAN, con independencia de este Organismo, y para ellos suscitan la creación de unas Fuerzas de Intervención Rápida europeas que actúen bajo el mandato del jefe de turno de la Unión Política Europea y su relación con el Órgano Atlántico sea exclusivamente de coordinación.

Otras naciones como Italia y el Reino Unido desean una subordinación tácita de la UEO a la Alianza Atlántica. En cualquier caso el paso previo para la creación de esta fuerza ya está dado, y no cabe duda de que su funcionamiento tendrá un fuerte poder disuasorio para muchas posibles veleidades de la cuenca sur.

Hoy en día, la seguridad de la cuenca mediterránea no puede deslindarse de otras áreas geográficas, ya que el concepto de seguridad va siendo cada vez más numérico. Por ello, aunque deseable a largo plazo, la seguridad del área no puede estar sólo en manos de los países ribereños y Europa.

Repetimos que en la seguridad del Mediterráneo no pueden estar sólo los países ribereños y Europa, sino en la Comunidad Mundial. Es ésta la que debe de realizar propuestas disuasorias a la inseguridad y encontrar mecanismos de fuerza con capacidad para crear estabilidad. Pero la propia disuasión a realizar por cada nación no puede quedar en manos ajenas, y cada país debe de mantener una estructura militar, en consonancia con sus proyectos históricos.

Bibliografía

- Edgar Pisani. *El mito mediterráneo.*
- Rolan Riatolfi. *Las relaciones económicas entre CE y Magreb.*
- J. Pardo de Santayana. *Seguridad en el Mediterráneo.*
- Andrés Calludo. *La política global mediterránea.*